

NICARAGUA: UNA REVOLUCIÓN ANDANDO

SERGIO DE LA PEÑA

La revolución de transición al socialismo en Nicaragua se inició allá a fines de 1978 cuando al calor de la lucha armada confluyeron el discurso anticapitalista con la movilización del pueblo, la organización revolucionaria con el apetito de las nuevas fuerzas por hacerse de todo el poder, la participación de las masas en el combate contra Somoza con la posibilidad de destruir al Estado burgués. En esto se conjugaron largos esfuerzos organizativos, grandes cambios en los grupos marxistas por superar el sectarismo y empezar a hacer política, y la opción inevitable por parte de una gran fracción de la burguesía de atacar las bases mismas del Estado burgués. En esta jugada podían perder el dominio sobre el pueblo al erosionarse las bases ideológicas del engaño consensual y poner en evidencia sus mecanismos de hegemonía. Y así sucedió. Perdieron el dominio.

Era entonces, y lo es ahora, un proceso revolucionario al que nada garantiza su "linealidad" ni su resultado socialista. Puede desviarse, destruirse, y retroceder, obviamente no a la situación somocista anterior sino a una forma capitalista democrática.

Lo que interesa destacar aquí es que los elementos fundamentales de una revolución están presentes en Nicaragua ahora, a principios de 1980, y que el proceso se encuentra considerablemente avanzado. Estos elementos *no* son principalmente los de orden económico, lo que no supone que sean escasos o irrelevantes. Es sin duda importante el grado e intensidad de la presencia estatal en la economía (y en Nicaragua dicha presencia es considerable), pero ésta, más que explicar la intensidad del proceso revolucionario, es explicada por éste. Para entender

lo que significa que el Estado domine 20% de la producción agrícola es necesario referirse a *cuál* Estado, en *cuál* sociedad, bajo *cuáles* condiciones políticas. El camino positivista consiste en quedarse con el dato (sobre todo cuantitativo) y referirlo implícitamente, de contrabando, a un paradigma. El análisis marxista exige adentrarse en la totalidad y en las complejidades del proceso para entender qué significa un porcentaje, 100 mil hectáreas o 100 millones de dólares de déficit comercial externo.

Por esto es necesario acudir primero al análisis de la esfera donde se hacen las revoluciones que es el pueblo, la gente, las organizaciones locales, la política, y luego apreciar cómo el acontecer a nivel nacional y mundial crea o no obstáculos al camino revolucionario. Éstos, ya sean ideológicos, económicos, organizativos, militares o técnicos, se plantean y solucionan o no, sobre la base de la participación revolucionaria del pueblo y sus organizaciones. Puede frustrarse el proceso por muchas causas, pero tal vez la menos importante es la económica por sí misma; en todo caso, influirán sus consecuencias políticas.

La lucha armada movilizó a gran parte de la población, pero esto no es el proceso revolucionario por sí mismo. Sólo es una de las condiciones para iniciarlo. En realidad el proceso revolucionario se emprendió cuando la movilización se dirigió a destruir al Estado (y no sólo al gobierno somocista), ya que ello supone transformar a la sociedad. Pero es necesario matizar esta afirmación porque el pueblo con su lucha negaba a ese Estado concreto, no al Estado burgués en general, no al orden burgués. El pueblo no había optado aún por una nueva forma de organización ni por un proyecto de sociedad que se debía construir y sólo ahora, gradualmente, se empiezan a delinear estos objetivos. El proceso revolucionario se inició y ha proseguido. Pero sólo si las fuerzas proletarias logran alimentarlo, mantenerlo y acelerarlo, culminará en la transformación al socialismo.

El recuento de los avances de las fuerzas proletarias en la revolución de Nicaragua arroja resultados optimistas: el sandinismo cuenta con un nuevo ejército altamente politizado y con bases populares para formar milicias en cualquier momento; ha desplazado del poder formal a todo el somocismo (que era de hecho casi todo el poder); ha alterado y reconstruido las bases fundamentales del poder estatal anterior, que eran las estructuras locales, sustituyéndolas por otras revolucionarias como los cds y las formas de poder popular en diversos niveles; se han creado estructuras sindicales y del movimiento agrario sandinistas; se controla la educación básica, media y en gran medida

la superior; el sandinismo tiene dominio y presencia importante en radio, televisión y prensa.

Pero todo ello existe y tiene relevancia revolucionaria porque el pueblo está movilizado y en un proceso constante de politización a través de los actos revolucionarios. Esta politización se alimenta de las respuestas a los acontecimientos internos y externos de la dirigencia con un sentido revolucionario. Tal es el caso de la campaña de alfabetización.

La alfabetización tiene el sentido de politizar al pueblo (alfabetizadores y alfabetizados), en un movimiento nacional que será revolucionario si tal es el sentido que el nuevo Estado le imprime. Además, están los resultados positivos del acceso del alfabetizado a la comunicación escrita para acelerar los cambios económicos, políticos, ideológicos y organizativos que demanda la reconstrucción económica y el avance en la creación de la nueva sociedad.

Los éxitos, los errores y los retrocesos se deben entender en el contexto del proceso revolucionario. Los excesos de poder, las injusticias y los errores deben señalarse pero en su verdadera significación. Por ejemplo, tan negativo es no destacar una represión, como el encarcelamiento del director del periódico *El Pueblo*, clausurado justamente por ser provocador, como proclamar el desvío definitivo de la revolución tomando como única referencia este reprobable hecho. El enjuiciar a toda la revolución por este error sólo muestra ignorancia de lo que es un proceso revolucionario. Y también muestra el daño que la ignorancia puede hacer. Lo menos que se debe conceder al proceso nicaragüense es espacio, tiempo, votos de confianza y críticas desde luego, en su capacidad de corregir errores, en vez de exigirle la perfección abstracta que supondría el no cometerlos. Con estos antecedentes podemos ahora adentrarnos en el significado de la presencia estatal en la economía: pleno dominio del sistema financiero y del comercio exterior, de la minería (que es pequeña); así como presencia variable en la industria, comercio, agricultura, transporte y energéticos. Se puede entender que la amenaza de los algodoneros de no sembrar en el ciclo 1980-1981 para presionar políticamente es grande para el Estado, ya que crearía dificultades serias en la balanza externa y en consecuencia en la acumulación, ocupación, ingreso y consumo del pueblo. Pero no se debe olvidar que esa decisión también sería la última que podrían tomar los algodoneros, dado que serían destruidos como tales: quedarían sujetos a la expropiación total de sus tierras.

Igual aparecen gran parte de las amenazas de los restos de burgue-

sía que aún están presentes en Nicaragua. Suponen graves consecuencias inmediatas en el proceso pero difícilmente su destrucción. Y en cambio son gestos de despedida de empresarios, ya que la burguesía no logró retener directamente fuerzas políticas importantes. Lo que era la fuerza burguesa fue dispersada y en gran parte absorbida en el sandinismo que está, a su vez, en proceso de transformación en una fuerza proletaria hegemónica.

De aquí que no sea posible quedarse solamente con las cifras económicas para analizar la transformación emprendida en Nicaragua, a riesgo de limitarse a un examen positivista, en el mejor de los casos de izquierda, que mostraría que al materialismo hay que ponerle dialéctica para hacer ciencia marxista. Pero también quiero reiterar que comparto la convicción de que nada está asegurado y nadie puede afirmar que el proceso revolucionario de Nicaragua es irreversible y que inevitablemente desembocará en el socialismo. Pero un análisis preliminar sugiere que las fuerzas internas están creando condiciones para lograrlo. Hay bases para el optimismo revolucionario.